

# TEOLOGIA Y NOVELA

P. PABLO DEL SS. SACRAMENTO, O. C. D.

El título es ambicioso y ancho; no así el intento, más modesto y circunscrito a responder a estas dos preguntas:

1.<sup>a</sup> ¿Cabe la Teología en la Novela? Es decir, ¿pueden hermanarse y vivir armónicamente en un libro la Ciencia teológica y el Arte de la Novela? Más llano: ¿se puede novelar la Teología?

2.<sup>a</sup> Supuesta y admitida, en hipótesis, la posibilidad, ¿conviene, tanto a la Teología como a la Novela, ese ayuntamiento, a igación o hermandad?

Con el fin de no esponjar fofamente este artículo ni razonar fuera de blanco, fijemos previamente los extremos en litigio:

¿Qué es aquí Teología? Lo que todos admitimos: la ciencia que deduce de los principios de la Fe conclusiones pertinentes a Dios y a las cosas que de cualquier manera dicen relación a El.

Podemos estrechar más el concepto y acogernos a la sombra de una de las ramas en que la dividen: la teología práctica o moral, que se ocupa de los actos humanos en orden a Dios como a su fin sobrenatural; aquella cuyo objeto son las verdades prácticas y los preceptos e inclina al hombre a su cumplimiento para que viva con rectitud y consiga la vida eterna (1).

Definir la Novela es cuestión más engorrosa e insegura, pues nos interna en la selva de los géneros literarios, cuyos linderos son causa de viejos pleitos, bizantinos, sin juez, en los que cada abogado dicta la inapelable sentencia: hasta allí, la Epica; éste es el coto del Cuento; ésos, los límites de la Comedia o del Drama, y éste, el latifundio de la Novela. Según la idea que se forjen de su índole y propiedades tejen su definición. Para nuestro estudio tanto monta. Cortemos, pues, por lo sano y admitamos a pie juntillas la que nos brinda, en monástica taza, el P. Amalio en su *Preceptiva Literaria*: Novela es la narración artística de una acción humana interesante (2). Quien no se satisfaga con tanto y tan poco, que se embriague con las olímpicas elucubraciones desarticuladas del inefable maestro polímito D. José Ortega y Gasset (3).

(1) P. VALENTÍN ZUBIZARRETA, O. C. D., *Theologia Dogmatico-scholastica*. Prolegomena in sacram Theologiam. Quaestio unica. Articulus I.

(2) P. AMALIO DE SAN LUIS GONZAGA, O. C. D., *Curso elemental de literatura preceptiva*. Cuarta edición. Muy compendiosa y simple es la definición para cobijar toda la complejidad de la novela, pero puede servir de norma y, desde luego vale para nuestro intento.

(3) JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *Meditaciones del "Quijote"*. Meditación primera (Breve tratado de la novela). IDEAS SOBRE LA NOVELA. Obras Completas. Espasa-Calpe.

En limpio: al plantear estas dos cuestiones admitimos los conceptos corrientes y usuales de Teología y Novela.

II. *Perenne actualidad de la cuestión.*—Pese a la decantada decadencia del arte de novelar y del supuesto agotamiento de los temas novelescos originales y de categoría artística, todavía hoy, quizás más que nunca, la Humanidad—el gran rebaño—apacienta su espíritu en la Novela, antigua o moderna, artística o abortada, fuerte o rosa, biográfica o policíaca; atea, iconoclasta, materialista; impresa en libros o animada en la pantalla.

Esto es evidente. Consecuencia o coincidencia: rechazo de todo libro serio, filosófico, histórico o religioso, “tostón indigesto”, y de todo tema que no se presente vestido a la moda que impone la fantasía febril.

Atentos al gusto de las gentes (y aun causándolo o previniéndolo, apoyados en la eterna ley psicológica social del *fomes peccati*), los ateólogos de todos los calibres, materialistas, impíos, herejes y compañeros de zahurdas plutónicas, se afanan hace siglos en la fabricación para el universal consumo de novelas acordes a sus ideas, con el consiguiente fruto espiritual de las almas que las devoran, envenenándose en una confusión práctica del Bien y del Mal.

Para el consumo universal, he dicho, y pude haber dicho católico... Si el católico no encuentra en su despensa pábulo para la boca insaciable de ese sentido o facultad—don del Señor—que se llama fantasía, lo recoge del público mercado, aun a riesgo de una intoxicación segura... ¿Que no debe hacerlo? ¡Vamos! ¿Qué moralista se puede repantigar satisfecho con sólo decir: No peques? ¿No es ley elemental proponer un sustitutivo del pecado?

—No lea eso; lea esto.

—Muy bien; mas en eso, y en esotro, y en lo de más allá se complacen mi memoria, mi entendimiento y mi voluntad; mi imaginación tiene hambre; deme algo para ella.

—Mátela usted a fuerza de privaciones; mortifíquela.

—¡Oh, verdad! Pero... ¿no podría también con ella alabar a Dios?

“... No han faltado quienes hayan juzgado que toda novela debe ser una lección científica, y, guiados por tal principio, han enseñado, en forma de novela, moral, política, economía social, física, astronomía y últimamente hasta geogenia y paleontología. Y aun fuera esto tolerable daño, pues al cabo sólo el arte padece, si la Novela no se hubiese convertido (pesa decirlo) en órgano de erradas doctrinas y semillero fecundo de torpezas y de escándalos. Harto se desmandaron los novelistas de todas las edades; pero el convertir el vicio en sistema, el glorificar la prostitución y el adulterio, el pro-

pagar la incredulidad y el escepticismo, era gloria reservada al siglo XVIII y a su fiel alumno el siglo XIX" (4).

La Novela del siglo XX es mucho más aristócrata y sapiente: desconoce lo que es vicio, prostitución, adulterio, incredulidad y escepticismo; Dios, conciencia, pecado ni vergüenza... (5).

*Ergo...* La Novela, ¡lo mejor no verla!, es el cucú que siguen entonando los *moralistas* (cuarto significado de la palabra en el Diccionario Ideológico de Casares).

Y los Doctores de todas las Universidades Pontificias y de Colegios Internacionales siguen moliendo la harina teológica en atos, profundos y sutilísimos estudios sobre el pensamiento de este o aquel Doctor o filósofo, en lugar de conjugar la Teología con el Arte y con la Vida y amasar panes (harina, agua, sal, levadura y fuego) para el consumo de las hambrientas multitudes.

¿Es que la Teología, *Regina scientiarum*, debe estar perpetuamente reclusa en los altos alcázares de las aulas universitarias y de las Revistas doctorales?

Si hoy disparan y combaten a la Fe y a la Moral católica con cañones de largo alcance y desde largas distancias y a través de los espacios etéreos, y la rechazan del terreno de las almas por medio de la Novela impresa o animada y gesticulante, ¿no habrá llegado para ella el tiempo de luchar con idénticas armas?

¡Qué lejos están los tiempos en que mercaderes y oficiales discutían sobre la Trinidad!... Antes, contra un heresiarca surgían por docenas los Santos Padres; contra un Lutero, cientos de escrituristas; hoy la herejía, el ateísmo y la impiedad se solapan en las no-

(4) Edición nacional de las Obras Completas de MENÉNDEZ Y PELAYO. *Orígenes de la novela*. Volumen IV. La novela entre los latinos. Tesis doctoral.

(5) No puedo resistir a la tentación de copiar una página entera del *Diario Intimo*, de AMIEL: "1 de junio de 1890.—Stendhal, *La Chartreuse de Parme*.—La obra es notable. Es hasta típica: una cabeza de grupo. Stendhal inicia la serie de novelas naturalistas que suprimen la intervención del sentido moral y se mofan de la pretendida libertad. Los individuos son irresponsables; están gobernados por sus pasiones, y el espectáculo de las pasiones humanas constituye el goce del observador, el pasto del artista. Stendhal es el novelista según el sentir de Taine, el pintor fiel que no se emociona ni se indigna y a quien todo entretiene: el bribón como la mujer de mala vida, el hombre hourado y la mujer honrada, pero que ni tiene creencia, ni preferencia, ni ideal. La literatura se halla aquí subordinada a la historia natural, a la ciencia; ya no forma parte de las *humanidades*, ya no le concede al hombre el honor de rango aparte, sino que lo coloca con las hormigas, los castores y los monos. Esta indiferencia moral va derechamente a la inmoralidad.

El vicio de esta escuela es el cinismo y el desprecio del hombre, al que se rebaja al rango del bruto; es el culto de la fuerza, la indiferencia del alma y una falta de generosidad, de respeto y de nobleza, lo que se percibe a pesar de todas las protestas en contrario; esto es, en una palabra, la inhumanidad. No se puede ser materialista impunemente; se puede ser grosero hasta con una cultura refinada. Seguramente es una gran cosa la libertad de espíritu; pero es una cosa todavía más bella la elevación del corazón, la creencia en el bien, la capacidad de entusiasmo y de sacrificio, la sed de perfección y de santidad." FEDERICO ENRIQUE AMIEL, *Diario Intimo*. Traducción de J. González Alonso. La España Moderna. Madrid.

velas. Desde este nuevo reducto que han escogido pegán fuerte y matan. ¿No se impone atacarlos allí donde están parapetados?

“Si el arpa de Homero canta a los dioses falsos—le oí decir a Pemán—, no la quebramos; arrebatémosela de las manos y entonemos con ella himnos al Dios verdadero.”

Hasta el recoleto y considerado P. Amalio sale, si bien con arma ajena, en defensa de la Novela, citando en su *Retórica* a Coll y Vehi: “No siempre ha sido bueno el influjo de la Novela, ni moral ni literariamente considerado; y aun podemos asegurar que de ninguna composición literaria se ha abusado tanto. Pero el mal está en los escritores y no en la índole de la composición.” Así se excusan todos; sin que se haga nada o muy poco por remediar el mal.

Nos hemos internado demasiado por el flanco. Tomemos, pues, el asunto de frente: *¿rechaza la Novela el consorcio con la Ciencia teológica?*

Distingamos entre el argumento, o, escolásticamente hablando, objeto formal, propósito o intención directa y objeto material, o mejor, materiales, que caben dentro de la Novela.

Lo primero lo vamos a descartar, acatando las severas exigencias de la Estética, de acuerdo con los maestros.

Dictamina Ortega: “Una necesidad puramente estética impone a la Novela el hermetismo, la fuerza a ser un orbe obturado a toda realidad eficiente. Y esta condición engendra, entre otras muchas, la consecuencia de que no puede aspirar *directamente* a ser filosofía, panfleto político, estudio socioológico o prédica moral” (6). Siguen unos párrafos de subyugadora sonoridad.

El jamás debidamente ponderado D. Marcelino Menéndez y Pelayo ya hemos visto cómo se lamenta de lo que padece el Arte cuando se intenta convertirlo en lección de moral, política, etc. Y termina su tesis doctoral: “¿Cuándo será el día en que reconociendo la Novela que no es su fin enseñar, y mucho menos enseñar el mal, y recordando que ella, como toda creación artística, debe realizar, en el modo y forma que le son propios, la belleza...?” (7).

Adviértase que nos hallamos en el reino de los cánones estéticos, desconocidos o negados y conculcados por el sufragio universal de lectores y picapedreros de la pluma.

Si el arte más depurado y exigente hubiera de capitular y dar su mano a alguna ciencia, ésta llámase Teología.

Lo admite y aplaude el Maestro: “El arte, pues, y cada una de las artes, principalmente el arte de la Poesía, que por su universalidad parece que las comprende a todas, ha sido en el pueblo cris-

(6) Vide supra. *Ideas sobre la novela.*

(7) Vide supra.

tiano, y, sobre todo, en el nuestro de la edad de oro, *una forma de enseñanza teológica*, una cátedra abierta a la muchedumbre, no en el austero recinto de las escuelas, sino en la plaza pública..." "Error grave, y en nuestros tiempos muy vulgarizado, es el de buscar la verdad por el camino del arte, o suponer que cierta vaga, egoísta y malsana contemplación de un fantasma metafísico, que se decora con el nombre de belleza, pueda ser norma de vida ni ocupación digna de un ser inteligente. En el fondo de este *dilettantismo* bajo y enervante, feroz y sin entrañas, late el más profundo desprecio de la humanidad y del arte mismo, que se toma así por un puro juego sin valor ni consistencia." "Una inmensa revelación... ha transformado el arte, como todas las demás obras de la actividad humana." "Un nuevo tipo de belleza espiritual amaneció para el mundo que cae del lado acá de la Cruz. No son ya lo bello y lo feo, ni siquiera lo ideal y lo real, quienes se disputan el imperio del arte. Una belleza más alta, que es suprema realidad y puro ideal a la vez, lo ha iluminado todo..." "Lecciones no sólo de piedad y de vida ascética, sino de Teología dogmática contienen nuestros Autos." "Sólo un gran poeta... hubiera sido capaz de esta sublime idealización... Para ello le sirvió su magistral pericia técnica, adquirida en obras de índole muy diversa..., y nos hace entrever espirituales enseñanzas bajo el velo de figuras y emblemas que encarnan, ya la victoria del libre albedrío sobre los prestigios del infierno, ya la constancia invicta del mártir cristiano, ya la solución altísima del enigma de la vida..." "Y así como de Sócrates dijeron, por el mayor elogio, los antiguos que había hecho bajar la Filosofía a las mansiones de los hombres, así del arte español dramático y pictórico del siglo XVII podemos decir, salvando todos los respetos debidos a los grandes teólogos y apologistas, que puso al *alcance de la muchedumbre* lo más práctico y asequible, lo más afectivo y profundo de la literatura ascética, y *sentó a la Teología en el hogar del menesural y abrió al más cuñado la visión espléndida de los cielos...*" (8).

Habla de los Autos Sacramentales. Ciertamente; mas ¿no sería éste el lugar de un argumento fundado en la semejanza y parentesco? Todo es Arte literario. Pero no hace a nuestro caso confundir Novela por Teología, ni Teología por Novela; bástenos con que ésta no rechace ni rehuya aliarse con la *nobilísima Dama*.

No tenemos sino asentir a los maestros: "Desde luego, surge una grave cuestión, preliminar y fundamento de todas: si lo sobrenatural, lo invisible, y con mucha mayor razón las abstracciones, las personificaciones morales, las ideas puras, los atributos divinos, las

(8) M. MENÉNDEZ Y PELAYO, *Los autos como enseñanza teológica popular*. Edición nacional. Estudios y discursos de crítica histórica y literaria. Vol. III.

pasiones en abstracto, las virtudes y los vicios, etc., caben en el Arte. Esta es la primera dificultad. Yo creo que en una concepción alta, serena y amplia del Arte, como la que hoy podemos tener, libres de exclusivismos de escuela, el Arte no puede limitarse a lo humano, ni mucho menos a lo plástico y a lo figurativo. Si el Arte es el resplandor de la idea en la forma, en el Arte ha de haber todo, no solamente la belleza sensible, sino la belleza intelectual y la belleza moral. Es claro que los conceptos intelectuales, las ideas puras, no tienen entrada en el Arte, sino en cuanto se revisten de forma estética, y dejan la suya propia, abstracta y filosófica, y rompen las cadenas del desarrollo dialéctico; pero desde el momento en que llegan a vestirse de forma sensible y a cubrir de carne sus huesos, pueden ser materia propia y digna de ciertos modos y esferas del Arte" (9).

Llamemos a la puerta de enfrente: "Uno de los puntos que dejo intactos fuera mostrar cómo es la Novela el género literario que mayor cantidad de elementos ajenos al Arte puede contener. Dentro de la Novela cabe casi todo: ciencia, religión, arena sociológica, juicios estéticos, con tal que todo ello quede a la postre desvirtuado y retenido en el interior del volumen novelesco sin vigencia ejecutiva y última..." (10).

Apelemos, finalmente, al tratadista, que, tras admitir la especie doctrinal-religiosa en el género Novela, consigna: "La tendencia actual de la Novela es la expresión de las aspiraciones sociales y la observación psicológica, o sea, el anhelo de penetrar en el alma de los personajes, presentando los diversos estados de su espíritu, las luchas que se desarrollan en su conciencia, el mundo íntimo de sus ideas y sentimientos, lo cual es consecuencia muy natural del carácter reflexivo y consciente (?) que hoy reviste el Arte" (11).

Dando por buena esta observación, "con la Iglesia, digo, con la Teología hemos dado, Sancho", porque el personaje, crea o no crea en Dios, ha de vivir y obrar por fuerza teológicamente, en sentido afirmativo o negativo, aunque demos de lado a la cuestión de si los actos humanos caben ser alguna vez indiferentes o son siempre responsables.

Queda, pues, sentado que del campo del Arte no hay repudio a la Teología. Mas ¿cómo pudiera haberlo, si ambas se ocupan de los actos humanos, siquiera la Novela los fabrique en la fantasía y la Teología los recoja de la realidad pecadora o santa?

(9) Vide supra. Nota 8. CALDERÓN, *Autos sacramentales*. Como se ha apreciado del texto, la razón vale por igual, y aun con preferencia para la novela que para el drama teológico.

(10) ORTEGA Y GASSET. Vide supra. Nota 6.

(11) Vide supra. Nota 2.

¿Acaso la oposición proviene de la Teología? ¿Quizás la Novela abre sus brazos en balde a la sacra Teología, que no puede acudir a su llamada? Veámoslo.

Santo Tomás, en el artículo IX de la cuestión previa a la primera parte de la Suma, propone: "*Si la Sagrada Escritura debe emplear metáforas. Tesis: La Sagrada Doctrina, puesto que se propone a todos los hombres en general, es convenientísimo que exponga las cosas divinas valiéndose de metáforas y de semejanzas corpóreas. Y es la razón: que Dios provee a todos en consonancia con su naturaleza; y es natural al hombre que venga en conocimiento de las cosas inteligibles mediante las sensibles, ya que todo nuestro conocimiento tiene su principio en el sentido..., al menos con el fin de que los mismos rudos comprendan la Sagrada Doctrina, incapaces como son de comprender las cosas inteligibles escuetamente presentadas. El Arte poética emplea las metáforas por la representación, debido a que la representación es deleitable al hombre por su misma naturaleza. En cambio, la Sagrada Doctrina (la Teología) hace uso de las metáforas con vistas a la necesidad y a la utilidad*" (12).

Este artículo de Santo Tomás lo debieran aprender de memoria todos los Doctores de la Ley. Las razones que da son contundentes: para que también coman los pequeñuelos, los que no alcanzan a las abstracciones, los rudos de entendimiento, la humanidad que no ha cursado, las muchedumbres que prefieren las parábolas.

¿No revistió el Divino Maestro sus enseñanzas de metáforas, alegorías, simbolismos y parábolas? ¿No vale la del Hijo Pródigo por mil silogismos? ¿Cuánto mejor conocía los alcances del corazón y de la razón humana Nuestro Señor Jesucristo que todos los amon-tonadores en pesadotes infolios de infecundas sutilezas y enfadosas repeticiones estériles! ¿Cuánto no ganó la Teología al dar por la boca de Jesús el beso de paz al Arte? (13).

"Este raudal (de la Gracia) a todas partes llega, y no hay facultad humana que en sus aguas no se purifique, cuanto más aquella tan noble y excelsa, que a nuestro espíritu fué concedida, de manifiestar, por medio de imágenes sensibles, la belleza ideal, pura in-

(12) *Utrum Sacra Scriptura debeat uti metaphoris. Conclusio: sacra doctrina cum cunctis hominibus communiter proponatur, in ea metaphoris et corporalibus similitudinibus divina exponi maxime conveniens est. Deus enim omnibus providet secundum quod competit eorum naturae: est autem naturale homini ut per sensibilia ad intelligibilia veniat, quia omnis nostra cognitio a sensu initium habet. Convenit etiam sacrae Scripturae quae communiter omnibus proponitur (secundum illud ad Romanos I: Sapientibus et insipientibus debitor sum) ut spiritualia sub similitudinibus corporalium proponantur, ut saltem vel sic rudes eam capiant qui ad intelligibilia secundum se capienda non sunt idonei. Poetica utitur metaphoris propter representationem: repraesentatio enim naturaliter homini delectabilis est. Sed sacra doctrina utitur metaphoris propter necessitatem et utilitatem. Summa Theologica. Prima pars. Quaestio prima. Articulus IX.*

(13) GIUSEPPE RICCIOTTI, *Vida de Jesucristo*. Pags. 401 y 507.

*móvil y bienaventurada*, como Platón la columbró en sus ensueños; como la mostró la Revelación cristiana, no en la vaga región especulativa, ni encubierta bajo las sombras y cendales del mito y de la alegoría, sino viva, triunfante y gloriosa en la persona del Verbo encarnado, fuente de todo bien y de toda sabiduría" (14).

Tenemos que en el orden de la teoría no sólo no se descubre oposición al consorcio amistoso de la Teología con el Arte literario, sino que mutuamente se llaman. En hecho de verdad, ¿se han dado creaciones teológico-artístico-novelescas, aparte de los milagros literarios de las Parábolas evangélicas?

"¿Por qué Dante suscita, y discute, y resuelve cuestiones teológicas en una obra de imaginación?... Lo que importa saber es si el uso de ellas hecho por Dante en "La Divina Comedia" es contrario al plan moral de su obra o nocivo a la belleza literaria de la misma. El Ingenio Florentino, que blasona de católico, si de mala fe hubiese promovido cuestiones teológicas, hubiera cometido una acción indigna, moralmente hablando, *aunque literariamente hubiese sido bella*; y, por otra parte, el poeta, que se propone deleitar al par que instruir con su narración, hubiera incurrido en grave defecto, si aun por medio de controversias ortodoxas y santas hubiese entorpecido su poema. Nosotros procuraremos demostrar brevemente que no acontece lo uno ni lo otro, y que el controversista de "La Divina Comedia" *no daña al católico y favorece al poeta*" (15).

Si desde las alturas de la Epopeya religiosa descendemos al terreno de su heredera la Novela, encontramos, espigando en "Los orígenes de la Novela", de Menéndez y Pelayo, varios casos de esta cristiana armonía: "Género tan antiguo como la imaginación humana es el relato de casos fabulosos, ya para recrear con su mera exposición, *ya para sacar de ellos alguna saludable enseñanza*. La parábola, el apólogo, la fábula y otras maneras del símbolo didáctico son narraciones más o menos sencillas y gérmenes del cuento..." (16).

"Casi irreverencia parece hablar de la Novela cristiana de los primeros siglos, y, sin embargo, es cierto que esta Novela existía, a lo menos en germen, no por ningún propósito de vanidad literaria o de puro deleite estético, sino por irresistible necesidad de los fieles..." (17).

Saltando por encima del apólogo y el cuento oriental, de tendencia moral y religiosa la mayor parte, y aun por la novelística

(14) Vide supra. Nota 8.

(15) *La Divina Comedia*, traducida por el conde de Ceste. Prólogo del marqués de Molins. Párrafo octavo. Edición M. Aguilar: Madrid, 1942.

(16) Edición nacional de las Obras Completas de MENÉNDEZ Y PELAYO, *Orígenes de la novela*, vol. I, cap. I.

(17) Vide supra. Nota 16.



medieval, de idéntico contenido, parémonos a estrechar la diestra de Raimundo Lulio, filósofo, teólogo, apóstol y novéista, "naturaleza mixta de pensador y poeta, de tal manera que ni su arte dejó de ser didáctico nunca, ni las ideas se le presentaban primeramente en forma especulativa y abstracta, sino de un modo figurativo y arreadas con los colores de la poesía simbólica". Entre todos sus libros, "que realizan, aunque de un modo primitivo, las condiciones de la Novela filosófica..., destácase el *Blanquerna*, una de las obras capitales de R. Lulio bajo el concepto literario, y que merece con toda propiedad el título de novela social y pedagógica..." "La primera impresión que se siente es que tal libro hubo de brotar del espíritu de un hombre rudo y sin letras, pero amantísimo de Dios y encendido en celestiales y suprasensibles fervores. Y, sin embargo, ¡cuánta doctrina! Pero toda ella popular y acomodada al entendimiento de las muchedumbres, para quien este prodigioso varón escribía..., no en la forma aceda y conveniente a paladares escolásticos, sino todo en acción, en movimiento, en drama" (18).

Raimundo Lulio no dejó herederos de su doble espíritu teológico-novelístico. A partir de él, los teólogos se entregaron a la escolástica y los novelistas al ameno pasatiempo, con o sin intención moralizadora, buena o mala, más o menos clara o encubierta. Y a contentarnos con la intención de los autores de novelas ejemplares, exentas de herejías y que por caminos del Arte buscaban aleccionar católicamente a los lectores, todas o casi todas las novelas escritas por nuestros ingenios de los siglos de oro podrían incluirse en el catálogo de novelas religiosas, con derecho más o menos discutible. Hasta "La Celestina"—libro en mi opinión divino si encubriera más lo humano—ha tenido sus panegiristas, y "no han sido hombres de laxa moral". A un hombre tan severo como Zurita le parecía "La Celestina" libro escrito con honestidad. Mas dejemos a Menéndez y Pelayo las diez o quince páginas que al "espíritu y tendencia" de la obra dedica (19), y felicitemos al Ingenioso Hidalgo, "historia del más gustoso y menos perjudicial entretenimiento que hasta agora se haya visto, porque en toda ella no se descubre, ni por semejas, una palabra deshonesta ni un pensamiento menos que católico" (20).

Detengámonos un momento con "Guzmán de Alfarache". Aquí estamos ante una novela, reina de la picaresca, en la que desde el principio el autor se dirige "al deseo de aprovechar, dándole palabra que sólo al bien común ha puesto la proa de su barquilla";

(18) Vide supra. Nota 16, cap. III.

(19) Vide supra. Nota 16, vol. III, cap. X.

(20) *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, parte II, cap. III.

“recoge, junta esa tierra, métela en el crisol de la consideración, dale fuego de espíritu, y te aseguro hallarás algún oro que te enriquezca”.

A continuación, Alfonso de Barros, en su Elogio, habla del personaje del libro, “hijo del ocio, retratado tan al vivo..., que no habrá hombre tan aborrecido de sí, que al precio quisiera vestirse de su librea, pues pagó con un vergonzoso fin las penas de sus culpas y las desordenadas empresas que sus libres deseos acometieron”.

Llego a dudar si, en efecto, Mateo Alemán compuso un libro de entretenimiento profusamente rociado de Teología, o un libro de Teología salpimentado de entretenimiento. Porque en “Guzmán de Alfarache” se prodiga la más pura y alquitarada Teología, dogmática y moral. Esto salta a la vista del más miope lector. Entresacando de sus páginas, como de mina de oro, Teología, podría recomponerse el Catecismo de la Doctrina cristiana: cuanto hay que creer, cuanto hay que orar, obrar y recibir: desde la existencia de Dios y la Providencia, pasando por el pecado original y la Redención y la Gracia (Bien pudo Ramiro de Maeztu haber echado mano para lema y basamento de su “Defensa de la Hispanidad” de esta tesis del Pícaro: *Que Dios sabe bien dar a cada uno todo aquello de que tiene necesidad para salvarse.*), el Infierno, la visión beatífica, el Cuerpo místico de Jesucristo, que es la Iglesia... El inventario de los Sacramentos es completo y de maravilla. No hay rincón en la Dogmática o en la Moral que no inculque y lo saque a relucir. El plano en que nos presenta al personaje no puede ser más teológico: primero *obra libérrimamente*, contrariando lo que le dicta su fe; luego la mano de Dios le es adversa, le sale mal la partida, no encuentra en el mal el bien imaginario que buscaba, y se lleva las manos a la cabeza, y se propina un sermón a sí mismo y a cuantos de camino, o de intento, caen bajo su púlpito (21).

No insistamos en el argumento histórico que nos brindan tantas obras de Arte en amigable comercio con la Teología. Pasemos a la cuestión segunda: ¿conviene a la Teología y al Arte de la Novela este consorcio?

Aquí nos sale al camino D. Miguel de Cervantes Saavedra en el prólogo del gran libro (probablemente tirando la piedra al tejado de Mateo Alemán, olvidándose de que el suyo también es de vidrio): “... ni tiene para qué predicar a ninguno mezclando lo hu-

(21) Hablando de la doctrina católica desparramada por las páginas de *Guzmán de Alfarache*, huelgan las acotaciones, ya que por maravilla se tropezará con una en la que de intento o por desuido no nos sirva el Pícaro un consejo, una cita, una reflexión, una simple alusión, algo, en suma, que nos recuerde el Catecismo de la Doctrina Cristiana.

mano con lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningún cristiano entendimiento.”

En dos oportunidades he leído esta cita en Menéndez y Pelayo: al ocuparse de los Autos Sacramentales como enseñanza teológica y enjuiciando duramente los intentos de remedar a lo divino los libros de caballerías. En el primer caso, él mismo la desbarata, como se ha visto. Detengámonos a examinar el segundo: “En vista de la indiferencia de los poderes públicos (para atajar el mal que hacían los libros de caballerías), discurrieron algunos varones piadosos, pero de mejor intención que literatura, buscar antídoto al veneno caballeresco en un nuevo género de ficciones que en todo lo exterior las remedasen, pero que fuesen en el fondo obras morales y ascéticas, revestidas con los dudosos encantos de la alegoría; procedimiento frío y mecánico, al cual no debe el Arte ningún triunfo y que nunca puede ser confundido con el símbolo vivo, último esfuerzo de la imaginación creadora. Así nació el extravagante género de los *libros de caballería a lo divino*” (22).

No rechaza el Maestro, como a la vista salta, la inclusión de la Teología en el Arte, sino convertir la Teología en remedo frío y mecánico de los libros caballerescos. No va, pues, con nuestro intento la censura.

¿Conviene, pues, a la Teología hermanarse con la Novela y a ésta rendir pleitesía y hospedaje a ella? Que respondan esos bienaventurados apóstoles de la pluma: Papini, Ernesto Hello, León Bloy, por no citar sino a los polemistas más fogosos del reino de Dios en el Arte y en los corazones. ¿Para qué copiar sus testimonios cuando no presentan otra novedad que el fuego en que envuelven una verdad tan a la mano? (23).

Conviene. Conviene a ambas. Para gloria de Dios y provecho de los hombres.

Conviene al Arte de la Novela ajustarse a la verdad revelada. Conviene a la Teología, “*propter necessitatem*”, lo dice el Angélico, echar mano del Arte, de la fantasía, de los símbolos, de las metáforas, de las alegorías, de la bella expresión, de los ejemplos, de la Novela.

Tenemos las Casuísticas de Moral: Pafnucio hace esto, y aquello, y lo otro; por esto y por lo de más allá; con esta o aquesa intención; en tal tiempo y lugar; con, de, en, por, sin, sobre, tras esta o aquella persona. ¿Ha pecado? ¿Cuántos pecados ha cometido? ¿Qué tiene que hacer para que se le perdonen? He aquí un caso de Moral;

(22) Vide supra. Nota 16, vol. I, cap. V.

(23) PAPINI, *Cartas del Papa Celestino VI. A los teólogos*. ERNESTO HELLO, *El Hombre*. La novela.

el esquema, la fórmula de una novela. Estúdiense y dese'e un desenlace concorde con la Teología o con el error, la herejía y la incredulidad. En el primer caso tendremos, quieras que no, una aplicación teológica, una novela teológica; y si está bien desarrollado el tema y bien escrito, un libro de Arte perfecto; en el segundo caso veremos el *cadáver podrido del Arte*. Hasta este extremo es preciso que Arte y Teología se compenetren y hermanen.

Más he aquí que nos tropezamos con un gigantesco obstáculo: en la Novela por fuerza ha de aparecer el mal, el vicio, el pecado, si ha de resaltar la virtud; las sombras para realzar el efecto de la luz; en una palabra, el Bien y el Mal, Caín y Abel en confuso contubernio.

Vayamos despacio, porque esta objeción es de monta por la muchedumbre de timoratos asustados por ella. Dejemos a un lado el Testamento Viejo. En la parábola del Hijo Pródigo tenemos como punto de partida estas dos palabras: *vivendo luxuriose*. De esta pecaminosa expresión arranca todo el mal que le sobrevino. El pecado sólo males trae. De la miseria corporal surgió el fastidio, de éste el pensamiento de la enmienda, y por sobre toda esa lamentable y repetidísima miseria humana brilla esplendente la misericordia del Señor. *Vivendo luxuriose*: supuesto y condición *sine qua non* para toda la grandeza artística y teológica subsiguiente.

Si echamos un vistazo al Evangelio en general nos encontramos con adúlteras, meretrices, hipócritas, traidores y deicidas. Todo para que resalte más espléndida y grandiosa la Persona de Nuestro Señor Jesucristo.

Admitamos, pues, como un bien artístico y necesario (no como un medio malo para el bien) la presencia en la Novela (como en la Vida, como en la Teología moral) del Mal y de los Malos; *para que éstos se corrijan y den gloria a Dios, o para que por medio de ellos los Buenos se ejerciten*, como dice San Agustín. Son personajes o situaciones condicionales y condicionadas al Bien.

Desentrañando el simbolismo de "La vida es sueño", el sabio montañés sostiene sin censura de ninguna especie: "Hay realmente una tesis escéptica en el drama; pero *no es más que preparación para la tesis dogmática* que se plantea luego: el escepticismo no es más que *un estado transitorio* del alma de Segismundo antes de llegar a la purificación final de sus pasiones, de sus afectos y de sus odios con que termina el drama. En suma: *el escepticismo está en el camino y el dogmatismo en el término de la jornada*" (24).

(24) Vide supra. Nota 8. CALDERÓN, *Dramas filosóficos*.

No cuadra, pues, el argumento de la presencia del Mal o del error en el Arte novelístico (que idénticas razones valen para todo género de Arte literario).

¿Conviene el amable consorcio entre la Teología y la Novela? Digo más: es necesario; y la prueba está en la nebulosa de novelas antiteológicas: desde que, como finamente observa Ernesto Hello, la Novela dejó de estar constituida por fantásticos viajes a la isla de Tule y se ocupó de las acciones humanas, por fuerza ha de ir, o acorde, o contraria a la Teología católica.

Todas las quejas y recriminaciones que desde Luis Vives a nuestros días se han predicado y escrito contra los libros de imaginación, llámense libros de caballerías o simplemente novelas policíacas, no han apartado a la Humanidad de su constante lectura. ¿Qué queda por hacer? Léase con detenimiento y reflexión el prólogo-dedicatoria que al primer libro de "Los Nombres de Cristo" antepone Fr. Luis de León, y óbrese en consecuencia. La cita sería demasiado larga, y la extractamos: "Como quiera que siempre haya sido provechoso y loable el escribir sanas doctrinas que despierten las almas, o las encaminen a la virtud, en este tiempo es así necesario que, a mi juicio, todos los buenos ingenios a quien puso Dios partes y facultad para semejante negocio tienen obligación a ocuparse de él, componiendo en nuestra lengua, *para el uso común de todos, algunas cosas que, o como nacidas de las sagradas letras, o como allegadas o conformes a ellas, suplan por ellas cuanto es posible con el común menester de los hombres* y juntamente les quiten de las manos, sucediendo en su lugar dellos, los libros dañosos y de vanidad..., pues en caso que todos los que pueden escribir escribiesen, todo ello sería mucho menos, no sólo de lo que se puede escribir en semejantes materias, sino de aquello que *conforme a nuestra necesidad es menester que se escriba, así por ser los gustos de los hombres y sus inclinaciones tan diferentes, como por ser tantas ya y tan recibidas las escrituras malas contra quien se ordenan las buenas*" (25).

No soy yo, ciertamente, el llamado a dar lecciones a los teólogos. Sobre la hipotética profesión o apostolado de teólogo-novelistas habría mucho que decir.

Cierre este estudio con su autorizada palabra de artista y teólogo quien a través de él nos ha llevado de la mano: "Hay que resignarse a admitir que lo que Tirso supo o adivinó de la vida, lo supo o adivinó siendo fraile. Su maravillosa intuición poética pudo suplir lo que de experiencia mundana le faltaba, y, por otra

(25) FR. LUIS DE LEÓN, *Los nombres de Cristo*. Apostolado de la Prensa. Madrid, 1941.

parte, el siglo y el claustro estaban en aquella centuria estrechamente unidos y no formaban, como ahora, dos mundos aparte. *El contraste aparente entre el género de las obras y la condición del autor* no existía para sus contemporáneos. Nadie se escandalizaba de que un fraile tuviese buen humor y escribiese obras de regocijo y pasatiempo, empleando en ello las admirables dotes poéticas que Dios le había concedido. No había entrado aún en los ánimos esa apocada y vil tristeza, ese pesimismo feroz que algunos consideran como el único signo del creyente. La devoción continuaba siendo a'egre, confiada y española. Su carácter de poeta cómico en activo ejercicio no fué obstáculo para que Tirso ascendiera en la Orden de la Merced a las dignidades más altas y se oyera con respeto su voz en capítulos y definitorios. Todo el mundo encontraba muy natural y llano que Fr. Gabriel Téllez, además de ser Lector o Maestro de Teología, fuese el autor de "Don Gil de las Calzas Verdes". Nueve años antes de su muerte todavía escribía comedias, a la verdad más morigeradas y también más frías que las primeras. En ningún pasaje de sus obras manifiesta remordimiento por haber dedicado buena parte de su vida a tal ocupación. Ni él ni la sociedad de su tiempo pecaban de escrúpulos monjiles. Por lo mismo que estaban tan seguros de su fe, eran espíritus sanos, que no se dejaban abrumar por embelecocos y trampantojos. Hoy, que hasta el Catolicismo nos lo traducen de París, las cosas han cambiado mucho y los españoles genuinos nos encontramos como forasteros en nuestra Patria" (26).

Todos saldríamos ganando: Humanidad, Teología y Arte, si volvieran los tiempos felices de Tirso.

(26) Vide supra. Nota 8. *Teatro. Tirso de Molina.*